

Crítica de arte

El pintor Pascual Gambino

Con motivo de la exposición conjunta de los artistas Gambino y Luis Strozzi he tenido ocasión de visitar el estudio del primero de estos pintores deseoso yo de ampliar mi visión de su por tantos conceptos interesante obra.

Gambino ha expuesto en la Galería del Banco de Chile una serie de sus últimas telas. Entre éstas destacaba, por lo que tenía de novedad para el visitante habitual de esa Sala, un grupo de paisajes. Pascual Gambino rompía así el fuego hacia un género que tiene en Chile notables cultivadores. No se puede afirmar que el autor de estas visiones de la naturaleza desentone entre aquellos paisajistas; sin embargo, todavía queda mucho camino por recorrer para alcanzar una plenitud y madurez artísticas.

Esta salida hacia ese género en un pintor a quien siempre interesó el aspecto antropológico y la psicología no está ayuno de prometedoras esperanzas. Sus paisajes aquí expuestos así lo atestiguan.

Mi visita posterior a su taller estaba impulsada por las más profundas intenciones, ya que el estudio a través de sus obras y a lo largo del tiempo que éstas marcan surge con más espontaneidad por cuanto la personalidad del artista se nos va desdoblado en las mil facetas de su temperamento y de sus intenciones íntimas. Esa visión total nos devuelve la imagen múltiple, la evolución, los progresos, las rectificaciones del pintor a lo largo del camino lleno de obstáculos del arte.

Por otra parte, la visita a un taller equivale a penetrar en los secretos y angustiosos problemas que la producción artística va planteando. Desaparece esa pantalla de frialdad y disimulo que se antepone en la contemplación de las obras de un Salón de Exposiciones.

El artista habla y lo que dice suele estar lleno de sentido pictórico cuando el pensamiento aparece acorde con la pasión creadora que lo guía. Siempre he gustado de la conversación de los pintores porque siempre surge de ella alguna palabra impregnada de hondo sentido estético.

«Nos dicen realistas—exclama Gambino—, nos tachan de académicos y al hacerlo parecen desconocer que el arte carece de modas. El arte no está sujeto al capricho de tal o cual tiranía temporal. El arte es de siempre y no admite etiquetas cuando es arte de veras».

Y así es, en efecto. El siglo XIX vió las polémicas entre dos pintores contradictorios, Eugéne Delacroix y J. D. Ingres, que ahora figuran en la historia del arte como dos genios, ¿Quién es capaz de establecer el gusto definitivo de las gentes? ¡Y cuántos de los artistas actuales dejarán la estela de sus nombres en los tiempos venideros!

A Gambino se le ve preocupado por la obra que realiza. Siente el acuciamiento de su arte y, especialmente, se sitúa ante la tela como si de sus pinceladas dependiera el movimiento sideral. El lo dice: «trato de resolver problemas». Esto, en un pintor obsesionado por la pasión objetiva de la forma, puede parecer extraño. Mas el hecho evidente es que no sólo los cubistas y los superrealistas tienen problemas que resolver. El dominio de esa forma aparentemente dócil por sus alusiones a la realidad inmediata presenta dificultades; una mano, el escorzo de un desnudo, el planteamiento de una correlación tonal, no es cosa que se encuentra hecha o resuelta con el primer esbozo trazado.

Cuando a Picasso se le preguntó en cierta ocasión si su arte provenía de un virtuosismo precoz, contestó: «No olviden que mi padre fué un modesto profesor de liceo y con su manía docente y pedagógica me hacía pasar muchas horas copiando del natural». Aquí está el secreto de su virtuosismo.

En realidad los dilemas que tratan de dilucidar un superrealista o un pintor abstracto se escapan de la órbita plástica y penetran en un universo más amplio. Pero cuando la mirada del pintor de abstracciones hace su inmersión en ese mundo del pensamiento o del sueño va dejando de ser pintor.

Quedamos, pues, en que Gambino se coloca ante la tela con la preocupación de solucionar una ecuación pura y simplemente pictórica. Como hacía Coubert, salvando las debidas distancias.

Tal vez por eso la pintura de este artista tiene ese regusto sabroso y pleno de su plasticidad. En sus obras abunda la pasta generosa y los retratos están vibrando de vitalidad y de sensualismo, especialmente los desnudos.

Gambino no trata de idealizar. Tampoco le interesa porque no es un poeta. Pero, cuidado, no nos equivoquemos, porque su sensibilidad de artista aparece en las obras con toda plenitud. Lo que no veremos en ellas es un simbolismo trascendental. Gambino es un naturalista y, como Courbet, podría exclamar que no pinta ángeles porque no los ve.

Es Pascual Gambino el único pintor que cultiva el desnudo con asiduidad. Sus *academias* se caracterizan por un sensualismo de la forma muy acusado. Ellas llegan al límite en que el arte abandona la zona de pura especulación estética para pasar a un erotismo velado. Estos desnudos están perfectamente equilibrados y lo que en ellos hay de puramente pictórico se alía a ese sensualismo anotado. El artista recuerda en este género a varios maestros del siglo pasado: Cabanel y Bouguereau, aun sin el idealismo *démodé* de ambos. En Chile, a Valenzuela Puelma.

Modela con amplitud la forma y le da, en la armonía tonal del conjunto, la calidad de las carnaciones. Gambino sabe mostrar su verismo y su sinceridad pictóricas.

Los retratos de «media figura» van constituyendo ya una completa iconografía en la cual la expresión formal está plenamente conseguida. El parecido íntimo y psicológico ha sido logrado en leves anotaciones con un pincel ligero y agudo. A veces se advierte una superficialidad formal halagadora.

Aquí, en este taller, puede colegirse hasta qué punto su arte está hecho de una marcha ascendente y responsable. Nada es en él improvisado porque todo responde a un estudio concienzudo y sereno de los estadios y estamentos preceptivos. Gambino nos muestra dibujos, apuntes, estudios, escorzos. Es decir, una serie de elementos que darán a su obra esa robustez y los soportes constructivos característicos de las telas «mureales».

Es específico de los cuadros de este pintor la suavidad de la pincelada. Los tonos neutros ponen en ellos una delicadeza y una armonía arquetípicas. Parece como si el temperamento suave y delicado del pintor se tradujera en las obras en esa gama de buen gusto y en la finura cromática que las hace inconfundibles.

Gambino ha llegado a la plena estilización colorista de su pintura. Es la suya una obra de gran delicadeza, señorial; pintura de ademán nobilísimo que los no advertidos estiman impulsada por un deseo de hacer «bonito». Su realismo está frenado por la exquisitez y por la fina visión que el artista tiene del mundo.

Exposición Pintye

Rudolf Pintye es un artista centroeuropeo que sigue viendo la naturaleza chilena con los ojos habituados a la luz de la Puzla. Por eso mismo cae en la estridencia del color. Otras apetencias ajenas en absoluto al arte le obligan a ser pernicio-